

y se esparce en reflejos florales.

Ya la escuela madrileña, abarcando tanto el paisaje de la provincia como el de la Villa y Corte, no puede apartarse de esta ruta que la coloca en la vanguardia de la maestría universal. Y este hallazgo impide que sus pintores puedan ser considerados como segundones, como reliquias del maestro genial.

Así, en Antolínez, en Juan Bautista del Mazo, en Cerezo, en Carreño, en Herrera el Joven, esa técnica espumeante, con fulgores rápidos, con brillos inestables que enardecen todas las superficies, da a sus creaciones un rango de modernidad que todavía no ha sido debidamente cotizado. Y otra vez nos encontramos en su

más profundo significado con la gracia madrileña, con su viveza y hasta con esa espontaneidad sin énfasis que la caracteriza, justificando ese movimiento tan dinámico y gozoso del pincel de sus maestros.

Hay que aludir, naturalmente, al Goya madrileño porque, gracias a su asimilación de la técnica velazqueña, pudo seguir la línea de su genio tan explosivo y desaforado. También Goya, frente al neoclasicismo, que dominaba en su época, pudo ser fiel a su alma por la utilización de esta técnica de frotos rotos en cada uno de los cuales colocaba un pálpito de su ardiente inspiración. Si no hubiese contado con ese antecedente velazqueño, su genio habría plegado sus alas dentro del estilo



entonces universal, marmóreo y académico, sobre el cual la luz resbalaba sobre como estatuas de museo.

Debido a que es escasamente conocido el alma y la obra del paisaje rural de la provincia de Madrid, debemos aprovechar esta ocasión de la mencionada exposición antológica de la Galería Estudio Cid, durante las fiestas de San Isidro, para difundir su trascendencia. De tal manera que se hace necesario hablar de Juan Bautista del Mazo, como consagración del claroscuro perenne dentro del mejor modelo de la escuela impresionista de Madrid. Por ejemplo: la «Vista de la calle de la Reina, en Aranjuez», es un hermoso testimonio de la soberbia cortesana con que desafían esas arboledas al sol implacable. Parece que llega a nosotros, proyectado por el lienzo, el clamor de la comitiva de coches de camino que se aproximan a la barrera giratoria. La luz filtrada por el verde oscuro es densa y armoniza bien con el primer término. Cuatro toques de bermellón, uno de ellos la capa del jinete que monta un caballo blanco, encuadra el asunto de la parte inferior. Los grupos de figuras están diseminados hábilmente para dar la sensación de horizontabilidad que requiere la doble fila de olmos. En lo alto, sobre las copas espesas de la avenida, flota un celaje nublado. Los pájaros remontan la composición con su fina silueta y prestan al conjunto un encanto indefinible.

Hay que decir, justicieramente, que este cuadro de Juan Bautista del Mazo (que se

conserva en el Museo del Prado) era una de las fórmulas culminante del paisajismo decorativo. Todos los ingredientes han sido, pues, tratados con la peculiar tendencia que no se atreve a resolver el problema de los grandes espacios libres. A semejanza del jardinerío que pone puertas al campo con unos arrietes de boj recortado, el pintor de los «países» levanta un vegetal valladar que le defiende de la naturaleza amenazadora. Queda, en suma, supereditado el paisaje a la estricta y propicia magnitud que permite la comprensión vigente. El artista padece un curioso miedo a la amplitud natural; por ello dedica su paleta al parque recogido que reúne tantas cualidades y que está exento de inquietud: es un rincón al abrigo de las tormentas. Confirmemos finalmente sobre este pintor, que a pesar de lo que significa Juan Bautista del Mazo como atrevido profeta del impresionismo militante del siglo XIX, es un hecho que sus cuadros pertenecen, por el modo de apreciar la naturaleza, al umbral del barroco.

Es natural, asimismo, que cuando el Romanticismo abrió sus ojos al paisaje y quiso expresar a través de la naturaleza sus más líricas efusiones, fuera también la Escuela de Madrid, la que en España creara un tipo de paisaje que ha superado en su versión inmediata y sensible de la luz a los impresionistas europeos.

Carlos Haes vino a Madrid con una producción anterior, de unos paisajes escenográficos y altisonantes, de nieves y lejanías. Y muy pronto su

inspiración se hizo aquí más normal y cercana. Y nuestras tierras se expusieron en sus lienzos en su más franca simplicidad y la luz de nuestra sierra dio a sus paisajes tamicas y platas del más delicado intimismo. Y tras él, Morera y Galicia y Aureliano de Beruete acentuaron la ingravidez de las formas sobre las que se posan nues-

tros soles. En Aureliano de Beruete, esa pincelada desunida y esencial deja flotante a las cosas en los lienzos de su última época, envueltas en un halo de luz que, sin embargo, en nada mengua su objetividad y realismo.

Hay, pues, una aportación típicamente madrileña a la pintura. Gracias a ese impresionismo tan locuaz

y suelto han podido nuestros pintores ceñirse a las rutas de su sensibilidad y de la luz que envuelve a las cosas. Y espiritualizar a éstas, dejándolas fragantes y abiertas, modeladas por el rayo que pasa.

El ruralismo de la provincia de Madrid ha seguido a nuestros artistas hasta llegar a esa exposición antológica,

que inicialmente hemos reseñado. Quiere decirse que llega hasta nuestros días el interés plástico por reflejar ese ruralismo. No debemos dejar de mencionar a Eduardo Vicente (1909-1968), de cuyo primer estudio-biografía soy autor y de cuyos matices concretos al tema que nos ocupa desentrañé en su momento en dicho úni-

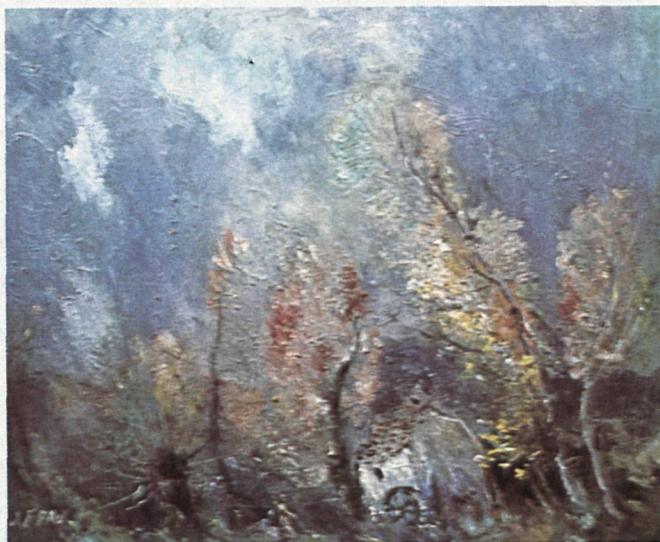
co libro. A dicho capítulo lo titulé «El (su) campo».

Bien vale ahora reproducir del estudio pictórico y primerizo sobre Eduardo Vicente (madrileño a carta cabal) los siguientes perfiles que se abren con una interrogante: ¿Queda campo para hablar de «su» campo? Para todo animal urbano (de antes, se en-

tiende) el campo venía a ser, comúnmente, una peculiaridad del asueto, nada más. Significa bastante que la primera exposición de Eduardo Vicente —aquella del año 1928, en la Sala del Ateneo— esté nutrida en un cincuenta por ciento con paisajes de las riberas del Jarama. Tra-sunto (ya apuntamos al hablar de su com-



posición), de su animalidad urbana, picassina, pero en sentido trasladante. Insistimos en que estamos ante un lírico animal urbano, y que ese bucolismo suyo destartado de «sus» campos es un trasunto de su ciudad. Trasunto inevitable de su animalidad urbana, pero más bien como traslado que como copia de esa su personalidad intransferible, su proyección plástica, pisando la rusticidad como la hicieron siempre los paseantes callejeros (...). Como buen madrileño, descubre, pues, el campo (como descubríamos entonces los madrileños el mar) en esas esporádicas andanzas. Hasta que al tener que montar y dirigir el Museo Ambulante de las Misiones Pedagógicas, recorre pueblos y aldeas llevando por esas tierras copias y facsímiles del arte es-



pañol, lo que causa admiración y descubrimiento en las gentes del pueblo. Y fueron tantas las sensaciones recibidas en dichas jornadas culturales que a su vez, embebido de tanto descubrimiento o autorreconociendo que desperdigaba su tiempo de pintar, solicita el relevo de jefe del Museo Ambulante, para plasmar lo que su

retina y memoria pueden retener más, confesando que muchísimo más de lo que pudo enseñar a las gentes pueblerinas y aldeas de Castilla, había aprendido él de ellas. Y que sus paisajes de la provincia de Madrid, de Castilla, nos recuerdan un Aureliano de Beruete pasado por agua (aquel Aureliano de Beruete, «pintor maravi-

lloso de Castilla, silencioso en su arte», con que férvidamente le dedica Azorín su libro «Castilla») que en Eduardo Vicente matizamos en uso de su técnica en que la pátina nebulosa de su tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, sostiene la impronta que no nos cansamos de repetir, con obras como «Torre y rastrojos», «Paisaje con burritos», «Invierno en Castilla», «Campesinos en la taberna»...

Felicitemos, a manera de colofón, a la Galería Estudio Cid, de Madrid, por esa antología al servicio del paisaje provincial y urbano que ya empiezan a llamar los estudiosos de su grave problemática: Madrid-región. A este Madrid-región, pues, hemos querido dedicar la sensibilidad de estas palabras resumidoras de un más amplio estudio de la plástica.



MADRID LA PROVINCIA MAS HABITADA DE ESPAÑA

Madrid es, entre todas las provincias españolas, la primera del conjunto nacional en lo que a población se refiere. En relación con el total de habitantes, esta provincia ocupa el segundo lugar de la clasificación. Por delante está Barcelona (que nos supera en un 2,48 por 100), y por detrás —es decir, la tercera— Vizcaya, a la que sobrepasa en un 0,48 por 100, según una encuesta realizada recientemente por el Servicio de Estadística Sindical.

En la provincia madrileña residen alrededor de 435 personas más por cada kilómetro cuadrado que lo que representa la media nacional. Es de destacar que en este capítulo del total de habitantes en la provincia, hace poco tiempo más del 81 por 100 residía en la capital, y el 18 por 100 restante lo hacía en los pueblos. Según parece, esta misma tónica se ha venido dando en distintas etapas de la vida madrileña realizadas en diversos años.

En cuanto a la población de hecho que vive en zona urbana, Madrid ocupa el decimoquinto lugar de la clasificación por provincias, ya que excede de la media nacional en cinco jóvenes más por cada 1.000 habitantes. Dentro del epígrafe de matrimo-

nios contraídos durante el año, Madrid se sitúa en el sexto lugar del total nacional. Los cerca de treinta y tres mil matrimonios de hace tres años supone más de un 12 por 100 del total de matrimonios habidos entonces en España, y según estos datos, en Madrid se casaron ocho parejas por cada 1.000 habitantes.

EMIGRACION

Ocupamos el quinto lugar en cuanto a nacidos vivos en el año, después de Las Palmas, Cádiz, Murcia y Sevilla, por este orden. El incremento de niños nacidos vivos en el año 1974 sobre el año anterior fue del 5,48 por 100. En crecimiento vegetativo ocupamos el tercer lugar de entre las 50 provincias españolas, pues sólo nos superan Las Palmas y Cádiz y excedemos a la media nacional en cinco personas por cada 1.000.

En relación con la emigración, seis de cada 10.000 madrileños tuvieron que salir al extranjero, con lo que Madrid se sitúa en el vigesimoséptimo lugar del total nacional.



6 FICHAS PARA UN PERSONAJE

CONOZCA USTED A

CAMILO JOSE CELA

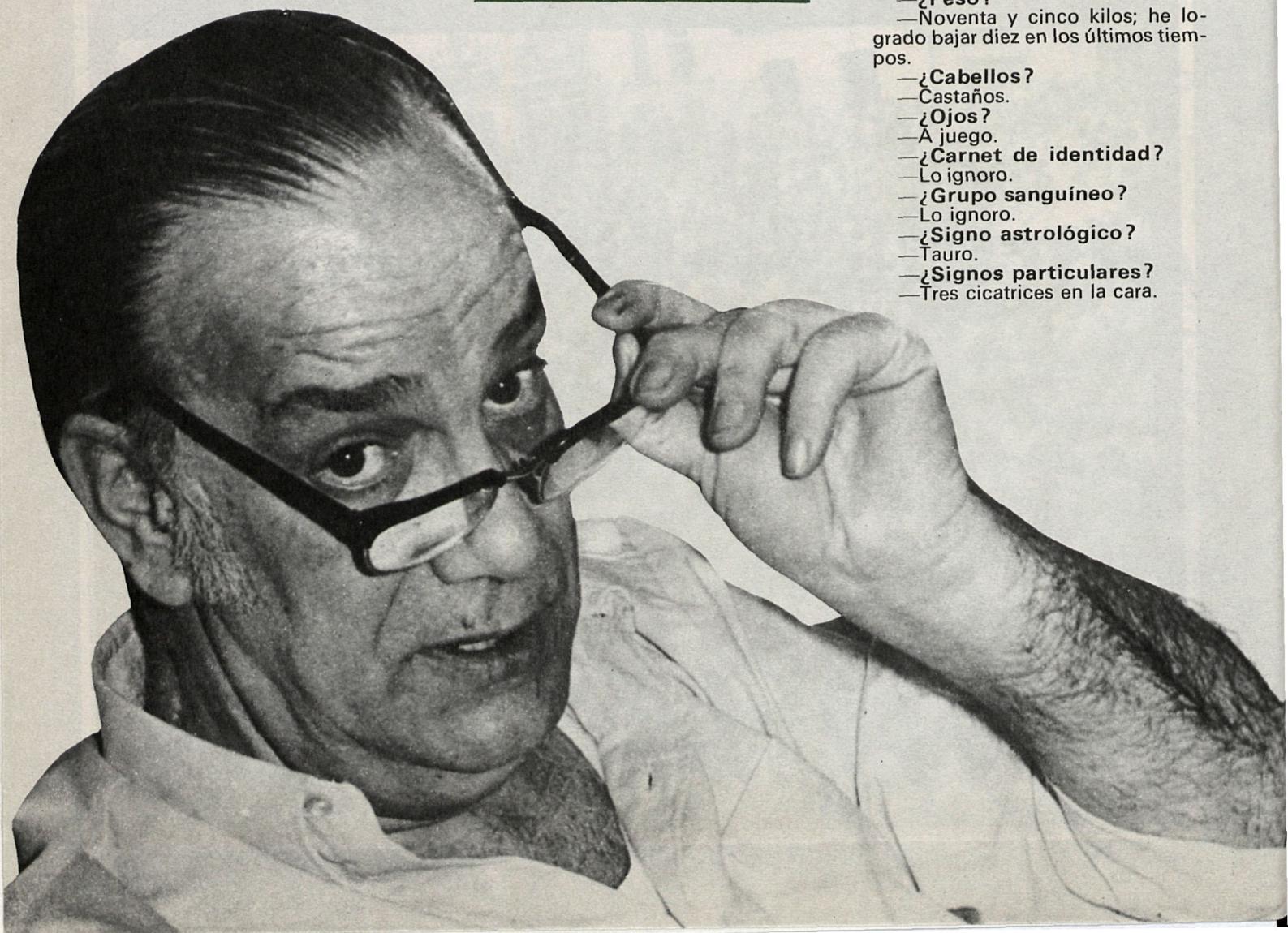
Test
FUTURISTA
PSICOLOGICO
PERIODISTICO

Una encuesta de Millán
CLEMENTE DE DIEGO
Fotos: Pablo SEGURA

1

FICHA DEL REGISTRO CIVIL

- ¿Nombre y apellidos?
- Camilo José Cela y Trulock.
- ¿Lugar y fecha de nacimiento?
- Iria-Flavia, Ayuntamiento de Padrón, provincia de La Coruña, el 11 de mayo de 1916.
- ¿Nombre del padre y de la madre?
- Camilo y Camila.
- ¿Hermanos?
- Seis.
- ¿Estado civil?
- Casado.
- ¿Hijos?
- Uno.
- ¿Profesión?
- Escritor.
- ¿Eventuales profesiones anteriores?
- Hijo de familia, funcionario, torero (grupo tercero C: plazas abiertas y sin enfermería). Vagabundo, escritor.
- ¿Domicilios o lugares de residencia sucesivos?
- Iria-Flavia, Almería, Londres, Barcelona, Vigo, Madrid y Palma de Mallorca.
- ¿Estatura?
- 1,81 metros.
- ¿Peso?
- Noventa y cinco kilos; he logrado bajar diez en los últimos tiempos.
- ¿Cabellos?
- Castaños.
- ¿Ojos?
- A juego.
- ¿Carnet de identidad?
- Lo ignoro.
- ¿Grupo sanguíneo?
- Lo ignoro.
- ¿Signo astrológico?
- Tauro.
- ¿Signos particulares?
- Tres cicatrices en la cara.



- «De los animales prefiero el perro, la mujer y el caballo, por este orden.»
- Prefiere la Edad Media a la Contemporánea y le hubiese gustado participar en la Revolución francesa.
- A Cela le agradecería hablar el inglés, pero seguir escribiendo en español.
- Sus poetas predilectos son fray Luis de León y Antonio Machado. Y su escritor: Quevedo.



2

FICHA DEL REGISTRO IDEAL

- ¿Nombre y apellidos?
- Los del Registro Civil.
- ¿Lugar y fecha de nacimiento?
- También los mismos.
- ¿Nombre del padre y de la madre?
- Siempre los del Registro.
- ¿Hermanos?
- Siete.
- ¿Estado civil?
- Casado, reincidente.
- ¿Hijos?
- Uno.
- ¿Profesión?
- La que tengo ahora.
- ¿Eventuales profesiones anteriores?

El autor de «La familia de Pascual Duarte» fue antes que escritor torero y vagabundo.

«Me hubiera gustado haber sido obispo», afirma el académico.

